República de El Salvador — América Central — Año 2º

EL FÍGARO

SEMANAL DE LETRAS

Tomo I — San Salvador, Domingo 3 de Febrero de 1895 — Num 16.

Redactores y Propietarios:
Arturo A. Ambrogi — *Víctor Jerez*

Secretario de Redaccion:
Isaías Gamboa

Co-Redactor:
J. Antonio Solórzano

Oficina:
Imprenta Nacional. 10ª Avenida Sur—Nº 84.

La isla de la muerte

En qué país de ensueño, en qué fúnebre país de ensueño está la isla sombría? Es en un lejano lugar en donde reina el silencio. El agua no tiene una sola voz en su cristal, ni el viento en sus leves soplos, ni los negros árboles mortuorios en sus hojas, los negros cipreses mortuorios que semejan agrupados y silenciosos, monjes-fantasmas.

Cavadas en las volcánicas rocas, mordidas y rajadas por el tiempo, se ven, á modo de nichos oscuros, las bocas de las criptas, en donde bajo el misterioso, taciturno cielo, duermen los muertos. La lámina especular de abajo refleja los muros de ese solitario palacio de lo Desconocido. Se acerca en su barca de duelo un mudo enterrador, como en el poema de Tennyson. ¡Qué pálida princesa difunta es conducida á la isla de la muerte. ¿Qué Elena, qué Ofelia, qué adorada Yolanda? ¡Cuánto suave, en tono menor, cuánto de vaga melodía y de desolación profunda! Acaso el silencio fuese interrumpido por un errante sollozo, por un suspiro; acaso una visión envuelta en un velo como de nieve........ Allí es donde comienza la posesión de Psiquis; en esa negrura es donde verás quizá brotar, pobre soñador, de la obscura larva las alas prestigiosas de Hipsipila. A tu isla solemne, ¡oh Boaklin! *va la reina Betsabé, pálida. Va también con un manto de duelo la esposa de Mausoleo que pone cenizas en el vino. Va Vénus, sobre su concha tirada por las blancas palomas, por ver si vaga gimiendo la sombra de Adonis. Va la tropa imperial de las soberbias posfirogénitas que amaron el Amor al mismo tiempo que la muerte. Va en un esquife divino, con un arcángel por timonel, la Virgen María, herido el pecho por los siete puñales!*

Rubén Darío

En su album

Las auroras de Julio en el Cauca
no fueron tan hermosas.......

J. Isaacs. (*María.*)

Con tal esmero, divinal princesa,
Dios puso en tí la gracia y la hermosura,
Que no hay pinceles para tal pintura
Y no hay artista para tal belleza.
¿Cómo copiar la red de tus cabellos
Sin que hubiera una falta ni un reproche,
Si sólo Dios les pudo dar á ellos
Un color de crepúsculo: destellos
Del sol que muere en brazos de la noche?
¿Y cómo hallar para tu faz serena
Color y suavidad ¡oh joven diosa!
Si ese color y suavidad la rosa
Lo tiene nada más, y la azucena?
Y no habrá artista que tus labios pinte
—¿Qué intentan, pues, los míseros pinceles?
Las paletas no tienen ese tinte,
Lo tienen los claveles.
Y en tus ojos no más hay las tranquilas
Vaguedades de dulce lontananza:
Algo de mar, de cielo, de esperanza....
¡Oh si hubiera esperanza en tus pupilas!
Y tu frente de reina
Donde el crespón de rizos se amontona,
Rizos que con amor céfiro peina
Y desordena el aura juguetona......

*

Aun concedo al artista el imposible
De trasladar al lienzo tu hermosura:
Que la onda movible
Le dé el color para tus ojos bellos,
Y algo de cielo se vislumbre en ellos;
Que haya. .así como rayos indecisos
Del sol que muere, y sombras de la noche
En la blonda madeja de tus rizos;
Que el carmín de tus labios lo dé el broche
De un clavel, y la rosa y la azucena
Formen el tinte de tu faz serena.

El cuadro está.... Mas ¿quién vería en tus ojos
El incendio del alma,
Y en misteriosa sucesión, la calma,
La inquietud, la ternura y los enojos?
El cuadro está. Mas falta la hechicera
Gracia que es sólo tuya, y tus primores,
Y el coqueto mohín, que es red de amores
En que se queda el alma prisionera.

* *

¡Cuadro sin vida, ¡pálida pintura!
Aunque el genio reanima cuanto crea,
Para formarse idea
De lo que es tu hermosura,
Es necesario verte; que los ojos
Se recreen en tí; luégo, de hinojos
Caer, para rendirte idolatría,
Y hacer lo que yo he hecho por mirarte
Doquiera, á todas horas: encarnarte,
Encarnarte en el alma, amiga mía!

Isaías Gamboa.

La "Nueva Primavera"

A Manuel Gutiérrez Nájera.

I.—Florece Mayo El viejo bosque ríe alegremente con sus verdes y nuevos follajes, bajo un sol dorado y opaco. ¡Oh! Es un sol que parece saluda á la Primavera. "Salve"—le dice—¡Salve! ¡oh tú, diosa rosada, que traes la dicha! ¡Tú que acaricias mis flores, como una fiel amante!" Y en el viejo y vasto bosque que se estremece de júbilo, brotan, en los arbustos salvajes, las flores nuevas, incultas y burdas, y las canciones de los ruiseñores blancos inflaman el ambiente, sonando como un gallardo himno de victoria.

II.—Y luego...... Un lindo jardín. Flores, muchas flores; *parterres* repletos de búcaros descabellados. Muchos pájaros que cantan saludando á la aurora que despunta en Oriente; muchas mariposas, trozos de iris que van volando. Entre los castaños, floridos y sombrosos, se alza la *ville* blanca, de techos rojos y ventanas de vidrios de colores. ¡Cómo se deshacen en perfumes las florecillas de lino que despuntan entre la luciente hojarasca! ¡Cómo ríen los claveles rojos! ¡Cómo suspiran, por.... (¡quién sabe!) ...., las gardenias de nieve, las místicas rosas de thé! Y un ruiseñor, como en el bosque adrupto, desde lo alto de una rama, riega sus armonías. Y el pobre poeta, rubio y enfermizo, indiferente, lee un libro de versos, clavado en su larga silla de junco. Lee una estrofa y piensa. Esos versos, emponzoñados y hermosos, le llegan al alma. ¡Poder indecible!

III.—Sí?

—Sí! Lody mía! Sí! ¡Iremos por aquí, camino del bosque! ¿Has dejado en casa tu cestito? Voy á traértelo! Te sacaré también tu chal de seda para que te abrigues un tanto y tu sombrilla azul, para que no te moleste el sol, que pica ya fuerte.

Y el gallardo joven, el novio, corre á la casa, abre la puerta de cristales, que suena una campanilla, y entra.

Ella piensa: "¡Pobre Juan! ¡Me quiere tanto, tanto me adora!"......

Están en la luna de miel. Lapso de tiempo feliz en que se derrocha la vida, en que no se siente correr el tiempo. ¡Eros! ¡Joven y gallardo Dios! Cuida de ellos! Cuida de que los azahares de la corona de la desposada no se marchiten. Consérvalos puros, como si el naranjo madre los abrigase aún en su espeso follaje. ¡Cuida de él! Cubre con tus alas de mariposa, las cabezas de los novios, cuando bajo algún árbol sombroso, se besen apasionados. ¡Oh Eros!

IV.—El poeta aquel, rubio y enfermizo, que junto á la ventana que caía al jardín, desfloraba las páginas de un nuevo volumen de versos, y leía una estrofa y luego pensaba, ama. El lo dice. Oid: "¡Amo á una flor é ignoro á qué flor amo!" ¿Ama á una flor é ignora cuál es? Bonito amor. ¿No os parece, señorita? Muy bonito amor. La rosa crece solitaria, en el fondo del jardín, sin que la mano amante acaricie suavemente sus pétalos de terciopelo, sin que el beso de un mortal rompa, á vez de rayo de sol, su celda de verdura. ¡Amo á una flor!....

Vaya Ud., señor, en busca de ella, recorra el jardín, toda la mañana, toda la tarde, hasta dar con ella. ¡Pobre Bella Durmiente! Espera el beso de redención!

V.—En el fondo del bosque. Un trecho de árboles. Bajo sus follajes severos, una penumbra de cuadro de Holbein: penumbra suave.... Este es el lugar donde se abrigan unos amores inocentes.

De una rosa encarnada está locamente apasionada una mariposa, y no deja, ni un momento de volar en su redor, tejiendo vistosas zambras. Vuela gallarda queriendo agradar así á su novia que sonríe.

Ella le dice, con voz tan suave que sólo ella, la enamorada, la apercibe.

—Pobrecilla! Estarás ya cansada! ¿Quiéres descansar un rato sobre mis pétalos?

Y la pobre mariposa, loca de felicidad, refrena su vuelo y se posa sobre la rosa. En esto un rayo de sol cruza furtivo entre las sombras é ilumina, del todo, el cuadro inocente.

VI.—Chist!

¡El bosque está de fiesta! Los viejos robles abrigan bandadas de menudos músicos que tejen una sinfonía grandiosa! ¿Qué mano los guía! ¿Qué misteriosa batuta hace ir, toda en una sola uniformidad, esas notas bullidoras que saltan de los picos ambarinos? Dios tal vez......

El bosque está de fiesta.... Las flores endomingadas, todas coquetas, vestidas de gaza, esp-

ran la llegada de álguien. ¿Será el Príncipe Azul que va en busca de novia? Las mariposas no descansan. Lo arreglan todo. Tienden los cortinajes; y los árboles enarcan sus ramas, como para formar arcos triunfales.

¿Quién es el que llega? Tal vez..........

De pronto sorprendo el diálogo de una violeta y una margarita. Hablan de álguien: es del poeta enfermo aquél. ¡Oh! A él es á quien esperan, por él están de fiesta. Pasará por allí y tal vez, viéndolas vistosas y frescas, logren arrojar de su pecho, por un momento, el dolor que allí vive, y hacer que ese lugar, por rápido lapso, lo ocupe la alegría!

VII.—Todo va poniéndose triste. El cielo se opaca. A la mañana, cuando el sol sale, hay ya nieblas. Toda la gama del verde la va anegando la nota del gris. Los pájaros callan. La vieja selva está pensativa. Ya no ríen sus follajes, ni cantan sus arroyuelos su *rittornello* cristalino. La ventana del poeta está cerrada. Un vientecito picante corre. Las flores, asustadas, tiritan. Se envuelven en su sobretodo para calentarse un tanto. Ya no hay golondrinas en los aleros blancos y las palomas se han refugiado dentro del palomar. Es el invierno que llega ya, de puntillas, sigiloso.

VIII.—El poeta, en su boudoir, junto á la ventana cerrada, contempla el cuadro ordinario á través de los vidrios opacos. No lee: medita. Está sólo con sus nostalgias. El libro aquél, el montón de rimas emponzoñadas, yace abandonado sobre un velador, donde hay un busto de bronce y un ramo de postreras rosas, en un vaso lleno de agua.

¡Pobre poeta! Y mientras fuera, presto, llega el invierno, él, con sus dedos temblorosos deshoja las rosas, marchitas ya, de sus recuerdos.

ARTURO A. AMBROGI.

La Duquesa Job

Desde las puertas de la Sorpresa
Hasta la esquina del Jockey Club,
No hay española, yankee ó francesa,
Ni más bonita, ni más traviesa
Que la duquesa del duque Job.

¡Cómo resuena su taconeo
En las baldosas! Con qué meneo
Luce su talle de tentación!
Con qué airecito de aristocracia
Mira á los hombres y con qué gracia
Frunce los labios—¡Mimí Pinsón!

Si álguien la alcanza, si la requiebra,
Ella, ligera como una zebra,
Sigue el camino del almacén;
Pero ¡ay del tuno! si alarga el brazo!
Nadie le salva del sombrillazo
Que le descarga sobre la sien!

¡No hay en el mundo mujer más linda!
Pie de andaluza, boca de guinda,
Esprit rociado de Veuve Cliquot,
Talle de avispa, cutis de ala,
Ojos traviesos de colegiala
Como los ojos de Louí Theseó!

Ágil, nerviosa, blanca, delgada,
Media de seda bien estirada,
Gola de encaje, corsé de ¡crac!
Nariz pequeña, garbosa, cuca,
Y palpitantes sobre la nuca
Rizos tan rubios como el cognac.

Sus ojos verdes bailan el tango,
Nada hay más bello que el arremango
Provocativo de su nariz!
Por ser tan joven y tan bonita,
Cual mi sedosa, blanca gatita,
Diera sus pajes la emperatriz!

¡Ah! tú no has visto cuando se peina,
Sobre sus hombros de rosa reina
Caer los rizos en profusión!
Tú no has oído qué alegre canta,
Mientras sus brazos y su garganta
De fresca espuma cubre el jabón!

Y los domingos! ¡Con qué alegría
Oye en su lecho bullir el día
Y hasta las nueve quieta se está!
¡Cuál se acurruca la perezosa,
Bajo la colcha color de rosa
Mientras á misa la criada va!

La breve cofia de blanco encaje
Cubre sus rizos; el limpio traje
Aguarda encima del canapé;
Altas, lustrosas y pequeñitas
Sus puntas muestran las dos botitas
Abandonadas del catre al pie.

Después ligera del lecho brinca.
Oh! quién la viera cuando se hinca
Blanca y esbelta sobre el colchón!
¿Qué valen junto de tanta gracia
Las niñas ricas, la aristocracia
Ni mis amigas de cotillón?

Toco; se viste; me abre; almorzamos,
Con apetito los dos tomamos
Un par de huevos y un buen beefsteack,
Media botella de rico vino,
Y en coche juntos vamos camino
Del pintoresco Chapultepec.

....
....

Desde las puertas de la Sorpresa
Hasta la esquina del Jockey Club,
No hay española, yankee ó francesa,
Ni más bonita, ni más traviesa
Que la duquesa del duque Job.

MANUEL GUTIÉRREZ NÁJERA

La cabeza pálida

A Rubén Darío.

(Para El Fígaro.)

No caía nieve, pero hacía mucho frío.

El mundo parisiense estaba entregado á sus múltiples asuntos, entre ellos la cuestión de Henry Mayer del "Echo de París" con el sobrino de la Redactora de "Los dos Mundos." Este oficial había venido desde Londres á vengar una ofensa hecha á su tía en las columnas del "Echo" y vencido á Mayer en un duelo.

París bailaba y reía, cantaba, tomaba su ajenjo, charlaba y llenaba el Bosque. Como siempre, los grandes, los felices, no se preocupaban de los tristes, de los desamparados.

Una señora enlutada, de noble y simpática presencia, con una niña rubia y hermosa, como de nueve años, recorrían la ciudad de París en busca de una persona querida. Iban tristes y llorosas. Subían y bajaban de los ómnibus y se detenían para hablar con los agentes de policía.

—¿No habéis visto acaso un joven de veinte años, alto y gallardo, de ojes azules y cabello de oro, que tiene un buen corazón y viste sobretodo gris? Etienne Dubois, mi hijo?

A todos hacía la señora parecidas preguntas, pero nadie podía darle una respuesta consoladora.

La niña, mientras la madre hablaba con cuantos se dignaban escucharla, se entretenía, inocente, mirando los escaparates de las tiendas, llenos con las muestras primorosas de la moda.

Ya habían recorrido París desde Batignolles, Montmartre y Belleville hasta Charonne, Montrouge, Grenelle y Vaugirard. Tenían varios días de caminar y ni una sola noticia del hijo querido, de Etienne, dependiente novel de una casa de objetos de fantasía de la calle del Faubourg Poissonière; el que sostenía á su madre, pobre viuda recién venida de Franconville, y á su hermanita, la niña de los blondos cabellos, su adorada Marie.

—¿Dónde le hallaré?—pensaba la madre.—Hace dos semanas que venía á casa muy pensativo. ¿Sufriría acaso? ó ya se olvidaría de nosotras? ¿Me lo habrá robado alguna mujer?

No leía los periódicos porque tenía miedo de encontrarse con una desgracia. El debía venir, sano y contento, para abrazarlas. A veces pensaba en *La Morgue*. ¡Qué horror! Dios mío! nó, nó! Y seguía buscándole por todas partes. Enmedio de la multitud de gentes que llena las plazas, boulevares y avenidas, ella se veía sola y abandonada, como en un inmenso desierto, ó entre las piedras frías de un cementerio. Por la noche velaba y lloraba en su apartamento de la calle del Cardenal Lemoine.

—Madre mía, Santísima Virgen, Buen Dios, devolvedme mi tesoro perdido, al hijo de mi alma. Es tan bueno con nosotras, tan noble. Yo lo adoro tanto! Etienne, hijo ¿dónde estás? ¿Qué se hicieron nuestros sueños, tus promesas de ventura, las veladas de felicidad?

Sólo Marie dormía tranquila sin pensar en la miseria que las aguardaba con la pérdida de su hermano. Pero en el día solía decir á su madre—¿quién nos dará dinero para comprar el pan? ¿quién me comprará mis juguetes de año nuevo, mamá?

Cada día amanecía más triste para la desconsolada viuda.

Por fin, después de haber ido á buscarle á algunos lugares cercanos á París: Meudon Sèvres, Versalles, Argenteuil, Saint Germán, Fontainebleau, Saint Denis...... se resolvió con temor á ir á *La Morgue*.

Pálida y desencajada se dirigió á la Cité por la calle de Saint Jacques, haciendo un rodeo para retardar la llegada; pasó el Petit Pont, atravesó la Plaza de Nuestra Señora y se fué allá, detrás de la maravillosa basílica, llevando de la mano á la pequeña Marie.

A medida que se acercaba á la casa del Profesor Brouardel, (*) se ponía más agitada y temerosa. La espantaba el presentimiento de un horrible desengaño. Llegó por fin al sombrío necroscomio, y casi sintió un vértigo al entrar. Dirigió la mirada indecisa sobre las vitrinas, y entre las cabezas de los suicidas y de las víctimas de los crímenes que diariamente se cometen en París, vió una hermosa cabeza pálida, exangüe, de cabello rubio, los ojos marchitos lijeramente abiertos, y una sonrisa de mármol sobre labios inertes. La señora abrió desmesuradamente los ojos, sintió que la ahogaba el corazón, levantó los brazos al cielo y dijo con voz desfalleciente:—*Es mi hijo!* y cayó al suelo sin sentido. Había perdido la última esperanza. Algunas personas fueron á levantarla, pero ya estaba muerta.

La niña, asustada é inquieta, quedó sola en el mundo y fué recogida por la caridad pública.

¿Qué había sucedido á Etienne?

Una noche, en compañía de unos amigos que vivían frente al *Square Monge*, se dirigió al famoso baile de *Bullier* de la Encrucijada del Observatorio.

En el espléndido salón la orquesta delirante producía vértigos, los centenares de mujeres alegres, hermosas y fascinadoras como sirenas, vestidas de raso y terciopelo, con los escotes incitantes anchamente abiertos, revueltas con los jóvenes del Barrio Latino, valsaban en un torbellino de perfumes y de luz. Los jardines con sus rocas cubiertas de musgo, sus grutas y sus fuentes, debajo de la ancha bóveda de cristal, llenos de mesitas y de lámparas venecianas, convidaban á disfrutar de aquel espectáculo embriagador

Se sentaron en el sitio más lejano al baile.

—*Garçon: trois bocks, s'il vous plait.*

—*Voilà, Messieurs.*

Algunas parejas se paseaban en las calles del jardín y varias muchachas andaban buscando caballeros á quienes explotar. Temían perder su noche.

Momentos después una bella mujer de formas tentadoras se había sentado junto á Etienne y le

[*] Decano de la Facultad de Medicina y Profesor de Medicina Legal da sus conferencias en *La Morgue*.

había abrasado con su mirada llameante y con un beso de sus labios llenos de voluptuosidad.

Desde esa noche de delirio, Etienne se entregó en cuerpo y alma á aquella criatura fatal, inesperto como un niño, ciego por la violencia del primer amor.

Pero otra noche que vió á su querida en compañía de un griego, allá en la Plaza de Maubert, y que se fueron en un coche, lejos, como huyendo de él, Etienne tuvo una fuerte conmoción cerebral y se enloqueció. Siguió cabizbajo por el Boulevard Saint German hasta el Muelle de la Tournelle, caminó por los de San Bernardo y Austerlitz...... y se arrojó al Sena desde el Puente de Bercy.

La policía recogió el cadáver y lo depositó en *La Morgue*, donde vió la pobre madre su cabeza disecada; aquella adorada cabeza que formaba toda su felicidad.

La sirena echó de menos la apuesta figura de Etienne, y más de una vez pensó allá en los bailes de *Bullier* y del *Casino de Paris:*—¿ Qué se haría aquél candido muchacho, que tan loco se puso por mí ?

Mientras tanto la pobrecita Marie, la niña linda y rubia, llorosa y desvalida, sola en el mundo, comía el pan de los huérfanos en un Hospicio de la calle de Vaugirard.

RUBÉN RIVERA.

Verdi - negro

A ENRIQUE GÓMEZ CARRILLO

I

El amor que se paga no tortura,
pero tortura el verdadero amor:
infeliz el que deja en el regazo
de una mujer sin alma, el corazón.........
Danzando en torno del Becerro de Oro,
tal como el pueblo de Israel danzó,
que si os hacéis un dios podréis romperle
cuando os obrume el peso de ese dios!......

II

La noche es tenebrosa?.......Pues burlemos
sus tinieblas: ¡enciéndeme la luz!..........
Voy á crucificarme: abre tus brazos,
ya que ellos son la verdadera cruz........
Yo soy el anfitrión y el convidado,
tú eres la copa: ¡brindo á mi salud!......
¡Mas tienes que gozar cuando yo goze,
y quizás más que yo gozarás tú!.......

III

Mi dicha se calmara si pudiera
hacerme dueño de un sentido más,
ó privarte del uso de un sentido,
para con mi egoismo dominar........
No quiero ser feliz cuando lo sea
la que viviendo de mi vida está,
si no puedo obligarla á que se queje
dándola de mis ayes la mitad!

IV

Semejante al manzano que convida
á sentarse á su sombra, cuando hay sol,
para luego matar al peregrino,
con sus emanaciones, así soy.... .
¡Para qué desbordar del sensualismo
el río en que naufraga la Razón,
si después del Placer viene el Hastío
y después del Dolor........¡viene el Dolor! . ...

V

Ola: retorna al mar que te ha arrojado,
que sus orillas por doquiera ví:
en breve la resaca hará jirones
mi túnica de arena: ¡huye de mí!.... ..
Tú sales del abismo: yo en el borde
me quedo del abismo, porque aquí
veré venir á todos, ¡y ninguno
podrá verme venir!......... ...!

DOMINGO MARTÍNEZ LUJÁN

La Vida de Bohemia

Enrique Mürger.

Acabo de cerrar y dejar sobre la mesa, el famoso libro de Enrique Mürger, que tan ardientemente deseaba conocer, desde que leí, una noche de velada, en compañía de un amigo, el hermoso capítulo que en uno de sus deliciosos libros de impresiones consagra Alfonso Daudet á aquel ruidoso cafetín del *Quartier Latínn*, en donde eran reyes Mürger y el dislocado y eterno hablador Desroches, que por único fruto de su azarosa vida de arte, tuvo un artículo bien memorable, pub icado por "Le Fígaro" (que cabe decirlo aquí, fué por aquellos tiempos el órgano de la Bohemia creada por Mürger) y que llevaba por título llamativo este nombre: *Las Uvas Moscatel.* Lo he leído febrilmente, con rapidez, en todo el espacio de una tarde de invierno.

Es delicioso este libro.

He gozado mucho leyéndolo y he simpatizado con aquellos cuatro soñadores endiablados y me he declarado *pasionista* por *mademoiselle* Mussette, cuya canción me conmueve y me hace sentir honda nostalgia por París, ciudad que no conozco y con la cual eternamente sueño.

¡ Qué adorables páginas ! ¡ Qué suave oleada de juventud y locura la que ellas traen oculta ! Nos da una sorpresa. En plena vida de trajín, os llena una oleada de aire sano y primaveral.

Mürger hace amar á los personajes de su poema mundano. A cada momento, entre el brillo

furtivo de un período, el roce frufrulento de frases llenas de poesía dislocante y olorosas á flores que floreciesen en jardines misteriosos, chispean unos ojillos azules y revolucionarios, sonríen unos labios rojos, cuyos besos saben á dejos de miel de Himeto. ¡Oh! ¿Los ojos azules? Son los de Mimí, la querida del señor poeta Rodolfo, el ruidoso bohemio, adorador de la gorda pierna de puerco dorada al horno cálido y rociada con el Bourdeos *ordinario* del cafetín de la vuelta y cuyo picorsillo seco y picante le parecía agradable en extremo. ¡Ola!—¿Hay también risas? En la boardilla destartalada, mientras Marcelo retoca por cuarta ó quinta vez no lo sé de fijo, su famoso *Pasaje*............, suena una risa loca que corretea por el piso, que llena todos los rincones, remedando ya golpecitos de cristal leve de una copa ó música de ruiseñores ebrios de rocío. Es la señorita, musa del pintor, que á la vez que éste trabaja, ella canta y ríe, sentada junto á la ventana estrecha, con la costura entre manos, y con los ojos sigue la marcha del pincel de su amante sobre el lienzo. La carcajada de Mussette, tiene algo de la ironía de la de Zuzeta, algo de la cristalina, franca, alegre y expansiva de la *signorina* Colombina, novia del vivaracho Arlequino.

Tras estas dos parejas, bulliciosas y enamoradas, viene el músico Schaunnard, autor de la sinfonía "Influencia de lo azul en las artes", que eternamente reformaba y todo el santo día ensayaba al viejo clavicordio, única joya valiosa de la boardilla y cuyas notas, cascadas de puro viejo y destemplado el cordaje, sabían al picor seco y emborrachador del Bourdeos ordinario del poeta Rodolfo.

La otra figura, delineada con bizarría, es bastante rara. Casi raya en lo caricaturesco. Este es Colline, un monomaniaco, lingüista consumado, filósofo cortado á lo antaño, que siempre, toda su vida, trabajaba en un libro de etimologías que nunca acababa, y que daba clases de francés á un príncipe indio.

¡Ah, Colline! ¡Cómo se te parece un viejo, conocido nuestro! ¿Has leído, lector que pacienzudo recorres estas líneas, aquel soberbio libro de Daudet "Los Reyes en el destierro."? ¿Sí? ¿Recordáis aquel Eliseo Meraut, profesor del *petit roi* de Aliria y Dalmasía? ¡Qué semejanza entre ambos!

Parece que ambos, Daudet y Mürger, tomaron por modelo al mismo bohemio! Sí, señor. Meraut y Colline, son ambos bohemios trabajadores; pero á mí se me antoja aquél más erudito que este último, más laborioso y pacienzudo. Recordad si no los aplausos arrancados á los académicos calvos y respetables y á los delicados aristócratas, en plena Academia Francesa, con motivo del "Memorial sobre el sitio de Ragusa" que él escribió para que el Príncipe Rosén la hiciese pasar por suya y ostentara sobre su pecho la medalla de honor. Una nota de distinción más poderosa. Miraut se rozó con soberanos destronados, fué un bohemio cuyas suelas de sus zapatos hollaron espesas alfombras. El otro fué el bohemio personificado, en cuerpo y alma. Vida de trajín, sentado á la mesa de un café, escribiendo, meditando ó bebiendo. De Colline y Merant, prefiero á este último. Colline me parece demasiado vulgar, un alocado que anda á caza de raros vocablos y que corre desaforado tras una palabra exótica, bárbara, sembrada de guturales y espigada de rudas armonías, como un *clubman* correría tras un palmito delicioso del *boulevard*. Pero en el fondo, ¡qué parentezco tan cercano! Casi son hermanos!

¡Qué poema tan saludable!

Ese estrépito de vida, ese eterno chocar de vasos, ese humo asfixiante que despiden las pipas negruscas, ese estallar de risas femeninas, que se rompen como una leve copa al golpe de un abanico de plumas; digo, todo ese concierto, aturde, enciende la sangre; el aturdimiento es sano y la fiebre es confortante, enardecedora. Son ellos, los artistas del poema murgeriano, cuatro obreros que después de un largo día de exasperantes faenas, salen, cogidos del brazo de sus queridas, y se van derecho al café, á beber cerveza y fumar sus pipas de Virginia, pues sus dineros no alcanzan para consumir Vuelta Abajo ó Habana. ¡Y cómo charlan hasta por los codos!, mientras las señoritas, las cuatro musas, beben á pequeños sorbos su tarro de ponche humeante y verdoso y charlotean, entre sí, como pájaros, ebrios de sol, bajo la enramada murmurante.

¡Poema espiritual, maligno, que debemos leer todos, aunque él no sea más que el reflejo tenue, la sombra fugaz y borrosa de la vida bulliciosa de un París ya ido para siempre!

Alguien me lo decía desde París en una larga carta en que me comunicaba sus primeras, fuertes y hondas sensaciones de ese París tan traído y llevado. "El libro de Mürger, decía, es el poema encantador de delicias y goces ya idos para no volver, quizá para nunca más" Muchas veces he visto yo confirmada esta opinión íntima. Se fueron ya las Mussettas, las Mimí; se fueron ya los Rodolfos y los Marcelos. La griseta, que hallaba delicias con vivir vida tan exasperante, ha volado quién sabe dónde, como pájaro ansioso de libertad, y la jaula quedó vacía.

Nos queda un consuelo á nosotros que no nos fué dado gastar aquella vida de endiabladas locuras; nos queda el libro de Mürger, que es el amable y maligno poema de aquellos tiempos pasados ya y que quizá, quizá no volverán más.

Y qué delicioso es, después de leerlo, bajar corriendo las escaleras de casa y escabullirse, confundirse entre el barullo de la gente, é irse al café, á buscar á los amigos, á charlar libremente de cosas queridas, creyendo ver en cada uno de ellos la sombra de aquellos endiablados, que llenos de vida, regozantes y alegres, encerró Mürger, el inimitable, en su libro mundano.

ARTURO A. AMBROGI

Jamàs

Tanto tiempo de lucha conmigo mismo ¿para qué había servido?

Era inútil un esfuerzo más sobre mi corazón.

Ya ella era dueña absoluta de todo mi sér; mi espíritu estaba subyugado por la dulce tiranía de sus encantos.

Pero ¡ay, cuando pensaba en mi insensato amor yo oía,no sé á dónde, pero oía una voz que murmuraba triste:—"jamás!"

Y ¿cómo olvidarla, y renunciar á esa ilusión dulcísima, siendo tan hermosa? ....

....

Sentí en la frente algo como la caricia de dedos invisibles, y un soplo blando como el aliento perfumado de una boca fresca y virginal.

Y me quedé dormido......................

Ví una figura blanca y lijera que parecía un rayo de luna. A medida que se acercaba iba tomando forma, y esa forma divina estaba envuelta en un resplandor como de aurora.

Llegó, y con dulce voz me dijo, casi en secreto:—"Vén......" Y me puso en los hombros, para volar, dos alas.

Cruzámos el espacio por una región fría y obscura; y una ráfaga de viento huracanado se llevó algunas plumas de mis alas.

Llegámos al lindero que separa la sombra de la luz, y allí detúvose conmigo, sobre una nube negra, la aparición fantástica.

"Míra," me dijo, "es una aurora eterna........"

Y su mano de nieve se extendió para mostrarles á mis ojos deslumbrados los vastos horizontes sin límites.

"Este es el alcázar de los sueños; aquí hábita la virgen que tú adoras;—ves? allá está, sobre un trono de nácar......"

Y yo la ví, hermosísima, y más resplandeciente que un rayo de sol.

Sentíme atraído, fascinado irresistiblemente; extendí los brazos, cual si quisiera desde lejos atraerla á mi seno.

Y dije á la visión que me había conducido á esas regiones etéreas: "¡Oh ángel, hada ó virgen, tú que has adivinado el ansia infinita de mi corazón, llévame allá."

Y le mostré el trono de nácar donde mi amada resplandecía más hermosa que el Sol.

La visión me dijo: "Oh tú, miserable creatura de la tierra, que abrigas en tu mente ideales del cielo, nunca pretendas alcanzarla: esas regiones lúcidas que de ti la separan las salva no más el pensamiento; sólo puedes contemplarla desde aquí.

Yo iba á suplicar, y mi compañero misterioso ya no estaba conmigo; quise volar y me encontré sin alas; horrible desesperación se apoderó de mí..

Y al volver de mi sueño fantástico estaban húmedos mis ojos; y oí, no sé dónde, tal vez en el fondo de mi pecho, la lúgubre palabra:—"Jamás!"

ISAÍAS GAMBOA

Walt Whitman (1)

Para Ruben Darío

(PARA "EL FÍGARO")

El viejo cantor yankee de *Leaves of Grass* y de *Drum Taps*, vive aún—Su voz, empero, ya no suena en nuestros oídos como una voz contemporanea, ni siquiera como una voz moderna, sino como el eco lejano y vibrante de una raza antiquísima. Más que un poeta de este siglo, parece un bardo anterior á la Era de Jesús; más que un compañero de Swinburne, parece un hermano de Isaías.

Su estilo rápido, violento y grandioso, tiene sonoridades apocalípticas. Sus imágenes hacen pensar en aquella llama de los griegos, que tenía el dón de fundir todos los objetos visibles para convertirlos en símbolos perdurables. El sabe, como Ezequiel, quedarse en el huerto de los espinos contemplando al sér cuádruple compuesto de hombre, de buey, de león y de águila, que es el verbo humano. El ríe con la risa de Baco y se confunde, lo mismo que Pan con la madre naturaleza.—Su musa tiene cuerpo de vacante y voz de profeta. Oidla hablar:

"Tù eres el futuro,—tú eres la vida permanente y la carrera y el espíritu libre y sin trabas, y el vuelo sublime;—tú eres como el otro sol necesario, radiante de llamas, preñada de luz fecundante;—tú eres el apogeo de la alegría, de la dicha, de la carcajada sin fin; tú eres la que disipas las nubes que durante muchos siglos pesaron sobre el alma humana......—tú eres (Natura) la progenitora de hembras, de machos, de atletas mortales y de atletas espirituales, en el Norte, en el Sur, en el Este, en el Oeste;—y ante tus senos inmortales, ó Madre de Todos, los hijos y las hijas serán iguales y serán Uno!"

***

Entre Walt Whitman y Edgard Poe, hay tres mil años de distancia. Poe es el hijo de la inquietud; Whitman es el profeta de la fuerza. El primero lo comprende todo, lo siente todo, lo desea todo. El segundo no se preocupa sino de la vida universal. Los matices le son desconocidos, los misterios psicológicos no llegan hasta él; las complicaciones cerebrales le son extrañas. El sólo ve, en el mundo, una gran célula viviente de la cual todos formamos parte. A veces se dirige á los seres que pueblan la tierra, y exclama: "¡Vosotros, animales, hombres, plantas, hermanos míos, oíd!" y luego el canto se prolonga en apóstrofes panteistas que comprenden á todos los organismos existentes, sin establecer, entre ellos, diferencia alguna.

Para él la Vida lo iguala todo con su fuerza

---

(1) Este artículo fué escrito cuando W. Whitman vivía aún en respuesta un soneto de Rubén Darío consagrado al poeta americano en sus "Medallones" Para el poeta de *Azul*, en efecto, Whitman es un cantor del Porvenir, mientras qué para mí es el cantor de un pasado fabuloso.

inconsciente, Nada le parece despreciable: ni el vicio, ni la fealdad, ni el crimen. Su simpatía universal desconoce los límites y va desde la Carne hasta la Idea, desde el Bien hasta el Mal. "El alma—dice—no vale más que el cuerpo y el cuerpo no vale más que el alma—, y nadie, ni Dios mismo, vale más que cada uno—por que cada uno es parte de Dios.—....No hay deberes—; lo que otros consideran como deber yo lo considero como impulsión de la vida—y lo que es impulsión no se llama deber—¡Mi espíritu camina de Dios á Satanás....!"

Todas estas palabras, que serían blasfemias heladas en labios vulgares, salen de la boca de Whitman sin mancha de pecado y sin sombra de diabolismo. Porque, en realidad, ¿que pecado puede cometer el hombre que desconoce la esencia del mal? Ninguno. El crimen está en la desobediencia. Sin ley, no hay delito posible. Para blasfemar, es preciso saber lo que es blasfemia, y para pecar es necesario tener idea del pecado. Los hombres que desconocen á Cristo no tiene obligación de amarle sobre todas las cosas—y Whitman lo desconoce como "ser único," adorándolo, en cambio, como parte del ser universal, como fragmento del alma eterna, como rayo del foco divino, como miembro del gran cuerpo viviente, como parte del Hombre, en fin, y como parte de la Idea.

***

Conducido por el Panteismo intransigente, Whitman llega, según dicen sus enemigos, hasta la adoración del propio ser; y dice: "Sin mí ¿qué sería del Universo?"......pero aún esta pregunta es, en él, ingenua y natural. Los que se ríen al escucharla, carecen de inteligencia, pues aun en el caso de que fuese un *disparate* y ¿quién sabe lo que ésta palabra significa ideológicamente? siempre sería un disparate genial. Yo, por mi parte, sólo veo en ella la conclusión lógica de una filosofía primitiva que considera al Mundo como un mecanismo incapaz de funcionar no teniendo sus fuerzas cabales. Al decir que la desaparición de su individuo podría romper el equilibrio del Universo, no quiere sugerirnos la idea de que su muerte propia tenga importancia ninguna. En el fondo nadie es tan humilde ni tan desinteresado como él. Si alguien le hiciese reproches serios por la forma vanidosa del verso, nada le sería más fácil que cambiar *yo* por un *vosotros*, sin que su idea profunda cambiase de alcance.—"¿Sin uno de sus átomos que sería del Globo?"—"Sin uno de sus átomos, el Globo desaparecería."—"¿Y por qué?"—"¿Porque es uno é invisible?"—"Pero ¿cuáles son las razones misteriosas de esa solidaridad eterna?" ....¡Ah! éso el poeta no lo sabe. En él sólo producen efecto las grandes causas y los grandes resultados. Su templo está muy lejos de Eleusis. Un sofista alejandrino lo desconcertaría, sin trabajo, cuatro veces en dos horas. El no habla con frases sutiles ni discurre con ideas complicadas, porque carece de educación y de fineza. Su cerebro es estrecho como el de un sacerdote índico, pero su alma es ardiente como la de un profeta hebreo. Sus versos salen del alma: son grandiosos, son sencillos, son formidables; y si ahora suenan de un modo raro en nuestros oídos, es porque nosotros no estamos hechos para sentirlos.

***

...Por lo demás, él tampoco escribe para nosotros los habitantes de las grandes ciudades, los hijos espirituales de Sthendal, los discípulos de Renán; sino para los hombres fuertes y para los hermanos de la Naturaleza. Sus versos son salmos de una religión primitiva cuya base es el Amor General. Su obra puede ser considerada como la biblia de la Libertad humana. Él ignora la significación de la palabra matrimonio, y no sabe lo que la voz divorcio indica. Según su teoría, los mozos han sido creados para dormir con las mozas; los bellos cuerpos para enseñarse; las bocas frescas para que canten; los puños macizos para el trabajo, y las manos hábiles para la labor. En este respecto, el hombre civilizado le parece inferior á los animales silvestres, pues mientras los primeros llegan á humillarse ante el código de la costumbre y de la hipocresía, los segundos siguen siendo buenos é instintivos. Tan grande es, en efecto, su optimismo para con los brutos, que cuando piensa en las bestias del campo, olvida á la fiera que "devora sin conciencia" y sólo se fija en la vaca que da leche, en el perro que acompaña ó en el pájaro que canta. Así, sus himnos rurales son verdaderos poemas eróticos: "Yo me volvería gustoso ante los animales—dice—y viviría con ellos—; son tan apacibles y se bastan tan bien entre sí, que no puedo nunca dejar de quererlos—; ellos no se inquietan ni se rompen los sesos pensando en las condiciones de la vida—; ellos no pasan la noche en vela llorando pecados—; ellos no discuten sobre los deberes—; ninguno de ellos está descontento, porque la locura de la propiedad no los tortura, y porque nunca se arrodillan los unos ante los otros......"

***

¿Será una falta de respeto decir que Whitman no tiene, en este sentido, nada que envidiar á sus buenos animales? — Yo creo que no. — Lo mismo que ellos, él ha querido á sus semejantes, ha buscado la luz del sol, ha hecho el surco del trabajo, se ha bañado en el agua clara y ha pacido la hierba fresca; lo mismo que ellos, él ha cantado por la mañana su cansión sincera, dulce ó brutal; lo mismo que ellos él ha corrido por el mundo, durante los años de juventud y de fuerza, sin rumbo fijo, sin oficio seguro y sin esperanza neta, siempre en busca del amor ó del sosiego; lo mismo que ellos, en fin, él ha visto la hora de la vejez y del cansancio, sin remordimientos, sin amarguras y sin rencores.

París— ENRIQUE GÓMEZ CARRILO.

Imprenta Nacional